

de la persuasión, y así más excelente que la poesía y la filosofía y que todas las ciencias y artes humanas, porque de todas se sirve para persuadir al hombre. Los oradores que sólo alumbran los entendimientos y mueven los corazones sin descender á la obra, se parecen al labrador, que se afana en cultivar la tierra y abonarla, y nunca siembra la semilla; ó al que enciende gran fuego en la máquina, pero no aplica la fuerza del vapor á la rueda ó hélice del navío. ¡Labor inútil! ¡triste ministerio!

El término **efectivo** es aquí que se dispongan á una buena muerte. ¿Cómo lo consiguen? Encendidos ya en fervorosos deseos de morir bien, les propone como medio seguro que tomen á la **muerte** por **consejera** de todas sus acciones; y para que lo practiquen de hecho, emplea estos tres arbitrios. Lo primero, se lo **explica** y desmenuza (§ X). Lo segundo, los **confirma** en ello con un ejemplo conmovedor (§ XI). Lo tercero, los **impelle** ejecutando él mismo lo que desea practiquen sus oyentes (§ XII).

Admírese, no sé si la destreza del orador ó el celo del apóstol. Dijo en el principio que hablaría sólo á gente virtuosa; pero ¿cómo le ha de sufrir el corazón que ningún pecador se pierda? No los pierde él de vista, y sólo decirles que no quiere hablar de ellos es un harpón agudísimo que les debe atravesar el alma. ¡Y qué dardos les va dirigiendo! «Razón tienen, diceles en el exordio, los infelices de horrorizarse y temblar al pensamiento de aquel punto terribleísimo, puerta y entrada para ellos de los infiernos perdurables.» ¿Y en la confirmación? «¿No dije desde el principio que no era mi propósito predicar hoy á pecadores impenitentes, encenagados en vicios, encallecidos en el mal?... Lejos, lejos de aquí esos malaventurados... Bien hacen los infelices en temer, y no sólo en temer, pero en temblar y horrorizarse á la memoria de su partida, fin de sus goces y comienzo de su interminable padecer.» ¿Y qué es toda la segunda parte sino viva exhortación á salir del pecado? Así, con sabio artificio, supone á sus oyentes todos justos para atraerlos, y al fin les habla como á pecadores para aprovecharlos. Esta es elocuencia apostólica.

*Hæc mihi convincet demum, hæc oratio palmam
Eripiet, quæ clausa gravi fine atque decenti est* ¹.

¹ Arias Montanus, Rhetoricorum, lib. III.



DISCURSO VEINTISIETE

DE LA TRIBULACIÓN

Domine, ecce quem amas, infirmatur.

Señor, mira que el que amas, está enfermo.

(JOAN., XI, 5.)

EXORDIO

QUE sea dificultoso, hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, encubrir ó disimular los afectos del ánimo cuando son vehementes, no puede negarse; pero ninguno, si no me engaño, más dificultosamente que el amor. ¿Queréis ver debajo de un semblante halagüeño disimulado el odio? Mirad á Caín convidando á su hermano Abel á solazarse en el campo. ¿Queréis ver debajo de frente serena y exterior atractivo escondidos el sobresalto y el temor? Mirad á Jezabel aguardando al capitán Jehú desde los balcones de su casa. ¿Queréis ver encubiertos con capa de religión la envidia, la amargura, el desabrimiento y el despecho? Recordad á Herodes mostrando fingidos deseos de adorar al Salvador del mundo en compañía de los Magos. Mas el amor, decidme, ¿quién jamás lo disimuló de manera que pareciese enemigo implacable el amador más fino y enamorado?

Ni es de maravillarse. El hombre, si quiere huir de la justicia que le persigue, tiene mil trazas para esconderse; sabe trocar el nombre, desfigurar el rostro, contrahacer el talle y continente, como David cuando huía de Saúl; pero un niño pequeño, no así; tan lejos anda de ocultarse, que él mismo saldrá al encuentro de los pesquisidores y ministros.

Por *insinuación*
oratoria.

Propos. *remota*:
el amor no puede
disimularse.

por comparación
a *dissimulatio* con
otros afectos ve-
hementes.

por inducción y
subyección *per-*
fecta.

Confirmase por
razón natural

Pues ¿quién ignora que es niño el amor, y, según el lenguaje de los Cantares, va con la antorcha en la mano, pero antorcha, no sólo de fuego, que puede por ventura encubrirse con el rescoldo de la ceniza, sino de llamas pujantes y abrasadoras? *Lampades ejus, lampades ignis atque flammarum* ¹.

Pero ¿adónde voy y qué pretendo con esta introducción? Oíd. Cristo nuestro bien quiso una vez disimular el extremado cariño que profesaba á su amigo Lázaro; y así permitió que enfermase, que se agravase el mal, y que al fin muriese. Mas ¿creéis vosotros que le sucedió el intento al Salvador? No, por ninguna manera. ¡Ah! ¡qué bien conocían la indole del Corazón de Cristo aquellas dos bienaventuradas hermanas y fervientes amadoras, Marta y María, las cuales ni por pensamiento creyeron que su divino Maestro desamara á Lázaro, porque no le socorría en su dolencia!; y con esta persuasión no dudaron de enviar á Cristo este recado: *Domine, ecce quem amas, infirmatur*. Señor, mira que el que tanto amas, está enfermo. Que no dicen el que tanto amabas ó amaste un tiempo, sino el que amas de presente. Y conforme á esto fué lo que luego aconteció; porque, llegado que hubo el Redentor cerca de la sepultura de su difunto y caro amigo, no fué en su mano detener las lágrimas, y lloró, y turbóse á sí mismo, y sollozó y, según la fuerza del sagrado Evangelio, bramó en su espíritu de tierna compasión: *infirmuit spiritu*; de tal manera que los circunstantes se maravillaban entre sí de tan extremado amor y sentimiento.

¿Qué decís, pues, oh almas atribuladas? ¿qué sentís á vista de este comportamiento del Salvador del mundo con su mayor amigo? ¿Es posible que sólo vosotros no descubráis en las adversidades, que os afligen, el extremado amor que Dios os tiene? ¡Oh hermanos míos!, creedme; no porque os atribula tanto, os ama menos que á los otros Dios nuestro Señor; antes, **porque más os ama, más os atribula y aflige**, aunque no lo sienta así vuestro congojado corazón. Permitidme, pues, que os anime á **sobrellevar con paciencia** los desastres y frecuentes contratiempos que os envía, y

¹ Cant., VIII, 6.

aun á darle gracias por ello como á éste y regalado bienhechor. Escuchad, ¡oh almas atribuladas!, y abrid vuestros corazones al celestial consuelo que os voy á dar, mediante los auxilios de la divina gracia y el favor de vuestra recordada benevolencia.

Excita la atención.

PRIMERA PARTE

· II

Y para tomar el agua de la consolación de más arriba y en su fuente, puesto caso que las tribulaciones que padecéis no os las enviare Dios por vuestro bien, sino por su gusto y entretenimiento, todavía ¿quién no ve que debía servir de no pequeño alivio considerar que el que os atribula es Dios? *Sicut Domino placuit, ita factum est* ¹: Como al Señor le plugo, así se hizo (decía en su desamparo el pacientísimo Job): sea él bendito para siempre. ¿Qué linaje de adversidad no será recibida y abrazada, viniendo por tal mano?

Arg. 1.º De la causa eficiente. Dios es quien os atribula. Luego la tribulación es obra de amor.

Acaece, y por ventura vosotros mismos lo habéis visto, que pasa un mancebo muy apuesto y gallardo por la calle en días de crudo invierno y de grande festividad y regocijo, y cuando más embebecido anda en sus devaneos, pagado de su garbo y gentileza, de su rico y ajustado traje, de sus rubios cabellos, de su esbelto talle y bizarro continente, siéntese de improviso herir la espalda de una pella de nieve, que con risa de los transeuntes le ensucia el vestido, le descompone la cabellera, y le derriba en un punto sus castillos en el aire. ¡Válgame Dios!, ¿quién será capaz de expresar la rabia de nuestro gentil mancebo, viéndose parar de tal manera? Como ignora quién fué el causador del insulto, inflámase su airado rostro, revuélvese encolerizado, echa mano á la espada, con intención de vengar tan grande injuria. Mas, veis aquí que al levantar los ojos acierta á ver á la mano que le hirió, y la autora de esta travesura, y con

La consec. por autoridad.

por similitud. El mancebo y la pella de nieve.

Descripción ilustrada.

1.ª parte. La cábala, por hipotiposis.

¹ Job, I, 21.

y autoridad alegórica.

Por ejemplo del Salvador.

narración sencilla.

por etopeya

é incremento.

Tránsito por afectos de compasión.

á la propos. próxima.

fin del discurso.

esto, no sólo se desenoja y se sosiega la tempestad de su ira, mas, serenando su frente y con apacible sonrisa, la salud y hace una profunda reverencia, y al siguiente día torna á pasar por el mismo sitio, codicioso de tal ventura y agasajo.

Antecedente, por apóstrofe

No sé, en verdad, mis amados oyentes, por qué no hacéis al Criador la honra y merced que hacéis á una criatura. Os entristecéis, porque os hieren de lo alto con la bola de nieve de la tribulación, porque se os muere el hijo, porque se os desbarata el negocio, porque os derriban del puesto ó dignidad, porque os sobreviene una afrenta y pública deshonra. Alzad los ojos, mirad arriba y veréis la mano que os lastimó. ¿No es por ventura Dios? Dios es; Dios es quien, en frase de Job, manda á la nieve que descienda: *Dominus est, qui praecepit nivem, ut descendat*¹. Serenaos, pues, tranquilizaos, que lo que viene por tal mano, aunque sean azotes, es gracia y misericordia, como dice el glorioso San Agustín: *Poená est, sed et gratia est*².

y autoridad.

Conclusión.

De la causa final. Dios os atribula por vuestro bien. Luego.

III

Mas erraríais muy torpemente si creyeráis que en atribularos Dios busca su entretenimiento y solaz. No, católicos, no se deleita el Señor en vuestros trabajos: verdad es ésta de fe, consignada en el libro de Tobías: *Non delectaris in perditionibus nostris*³. Y así, asentad firmemente en vuestros pechos que no le mueve el interés, sino nuestro bien y aprovechamiento. Y ¿qué bien es éste, sino el que más desea todo corazón amante, á saber, que nos acordemos de él, que recurramos á él, que levantemos á él nuestros llorosos ojos? Mas, ¿cómo puede ser, me diréis, la tribulación medio para atraernos á sí? No ahuyentan tan fuertemente el humo á las colmenas, las llamas al león, como la tribulación al hombre, naturalmente codicioso de contentamiento y de placer. Si quiere Dios, por tanto, robar nuestros corazones, y que vayamos desalados hacia él,

Antec. por autoridad y conversación amorosa.

Confírmase por vía de prolepsis y

conversación.

¹ Job, xxxvii, 6.—² In ps. 118.—³ Tob., iii, 22.

prospérenos su Majestad, no nos atribule; acarícienos y regálenos, no nos espante con azotes.

¡Ah, carísimos oyentes y hermanos míos, cuán errados vais en vuestros lujos, queriendo dictar leyes al supremo legislador! Oid lo que afirma él por Jeremías: *Timorem meum dabo in corde eorum, ut non recedant a me*¹. ¿Qué haré yo para que los hombres no se aparten de mí? ¿Los halagaré? ¿los lisonjearé? ¿los regalaré? ¡Oh!, entonces se olvidarán y me volverán las espaldas. Pues ¿qué haré? Los atemorizaré con azotes y trabajos: Infundiré, dice, mi temor en su corazón, para que de mí no se alejen. Porque, sin duda, cercados por todas partes, querrán huir; mas, ¿adónde podrán refugiarse sino á mi sombra y arriño? En su tribulación, repite por Oseas, se levantarán y vendrán á mí muy de mañana: *In tribulatione sua mane consurgent ad me*².

Resp. Negándolo

por testimonios divinos

Arg. 3.^a CONFIRMACIÓN del antec. por invocación vivísima.

IV

Confesemos la verdad: ¿Cuándo hubiéramos, no digo corrido á la divina misericordia, pero ni pensado en Dios, si todo anduviera al sabor de nuestro paladar, si nadie nos contradijera, si nada nos atemorizase? ¿No os acordáis de los discípulos, á la sazón que iban con Jesucristo en su barquilla? Mientras la mar estaba serena y bonancible, tan poco cuidaron del Señor, que le dejaron allá solo, durmiendo en un apartado del navío. ¿Cuándo recurrieron á él? ¿cuándo le cercaron congojosos? ¿cuándo se encomendaron al poder de su brazo? Cuando estalló la tempestad: *Motus magnus factus est in mari*³. Al ver que de repente se hinchaba el mar, se encrespaban las olas, se encapataba el cielo y el horizonte se entenebreecía; cuando vieron desencadenarse los vientos, retumbar los truenos, embravecerse cada vez más la tempestad, y que el agua los inundaba ya por todos lados, ¡oh, cómo á una comenzaron á gritar: Señor, Señor, sálvanos, que perecemos! *Domine, salva nos, perimus*.

Sólo la tribulación nos hace recurrir á S. D. M. Luego.

Los Apóstoles en el mar. 1.^a parte. La bonanza.

2.^a parte. La borrasca por hipotiposis é incremento.

¹ Jer., xxxii, 40.—² Os., vi, 1.—³ Matth., viii, 24.

Aplicación de
a 1.ª parte.

Pues esto mismo sucede cada día con nosotros, dice el bienaventurado San Agustín. Si nuestro Señor nos dejase á nuestras anchuras y no mezclase la hiel de la tribulación con las felicidades de este siglo, ni siquiera nos acordaríamos de él: *Si cessaret Deus, et non misceret amaritudines felicitatibus saeculi, oblivisceremur eum* ¹. A navegar siempre con prosperidad y bonanza, á seguir siempre la corriente de nuestro gusto, ¡oh, qué olvido tan profundo, qué apartados viviríamos de su divina Majestad! ¿Qué es lo que nos aguija y despierta? ¿qué es lo que nos fuerza á subir á lo alto? El viento adverso, una contradicción, un contratiempo, un revés de fortuna. Que así prosigue el mismo Santo: Cuando las congojas y adversidades levantan grandes olas en nuestra alma, entonces la fe, que estaba allí como dormida, despierta y acude sobresaltada á su único amparador: *Sed ubi angores molestiarum faciunt fluctus animae, tunc fides illa, quae ibi dormiebat, excitatur*.

Aplicación de
la 2.ª parte.

Ilustrada con au-
toridad

é inducción co-
tidiana

(comunicación)

Con el símil del
agua ya libre,

ya scanalada.

Aplicación de la
1.ª parte.

Si no, decidme: ¿Cuándo hicisteis abundante limosna y socorristeis á los pobres? ¿No fué cuando la enfermedad os apretaba y os visteis á punto de muerte? Si alguna vez emprendisteis alguna romería ó devota peregrinación, ¿cuándo fué, sino cuando deseabais que os diese el cielo fruto de bendición? Si orasteis alguna vez con fervor y lágrimas, ¿cuándo fué, sino cuando afrontados pedíais á Dios que os librase de la infamia?

De donde infiero, hermanos míos, que nos acontece como al agua. Para que se levante, ¿de qué industria se valen los hombres? ¿Déjanla por ventura correr por los campos? No; que siguiendo su natural inclinación, ó se pudriría en un pantano, ó iría á perderse en el mar. Es menester meterla en estrechos tubos y canales; es menester aprisionarla, encarcelarla. Cuando todo sucede á la medida de nuestro gusto, cuando Dios no nos estrecha con la tribulación, andamos arrastrándonos por tierra y deslizándonos, como agua, al mar de nuestras miserias: *Quasi aquae dilabimur in terram* ²; luego empezamos en el bien, luego nos ennegamos y pudrimos en el lodazal de nuestros vicios. Sólo

¹ In ps. 93. — ² 2 Reg., xiv, 14.

entonces nos levantamos hacia el cielo y buscamos con algunas veras á nuestro único remedador, cuando nos aqueja de la 2.ª parte. la tribulación y pone en pretina nuestro espíritu: Señor, Señor (así dice á Dios el profeta Isaías hablando de su pueblo), en su angustia y trabajo te buscaron: *Domine, in angustia requisierunt te* ¹.

¿Qué digo el agua y los vapores de la agua? Para que las Con el símil de la vihuela, cuerdas de la vihuela suenen armoniosamente, ¿no es menester estirarlas y atormentarlas? Déjense flojas, veréis las sordas y desconcertadas. A fin de que los sarmientos de la vid den gruesos racimos, ¿no los podamos y herimos con el hierro? Dejad que lozancen, y veréis los estériles é infructuosos. Para que las semillas del enebro esparzan su olor y fragancia suavísima, ¿no se han de echar al fuego donde se deshagan? Déjense enteras, y se quedan inodoras. Por los mismos filos, las bestias y animales cuando padecen hambre son más hábiles para volar, como las águilas; más ligeros en la carrera, más prestos y diligentes para coger la presa, como los lobos y otras fieras. de las plantas. de los animales.

Si pues Dios nuestro Señor, como autor de la naturaleza, Consecuencia E-nal, tanto recaba de las criaturas insensibles é irracionales atribulándolas, ¿qué maravilla que tanto alcance del hombre racional como autor de la gracia y dador de las virtudes? ¡Oh qué bien y admirablemente dijo el que cantó en los Salmos: *In ira populos confringas* ², ó como lee San Agustín, *reduces*: En tu ira quebrantarás á los pueblos y los traerás hacia tí! Porque ¿qué es traer á los pueblos en tu ira, dice glosando este pasaje el mismo santo doctor, sino cercarlos de tribulaciones y sumirlos en ellas para que, puestos allí y acosados de trabajos, vayan á tí por remedio? ³ texto parafraseado.

V

Sería nunca acabar, si quisiera poner á vuestros ojos la muchedumbre de pecadores que por este camino se recon-

Arg. 4.ª Con-
firmación del
ant. por induc-
ción de ejem-
plos bíblicos.

¹ Is., xxvi, 16. — ² Ps. Lv, 8.

³ Quid est enim, in ira populos reduces, nisi: Imple tribulationibus omnia, ut in tribulationibus positi, omnes recurrant ad te? In hunc ps.

ciliaron con su Dios, los cuales, afligidos y quebrantados por él, le buscaron en su quebranto: *Cum occideret eos, quaerebant eum* ¹. Mas, para traer algún ejemplo, decidme: ¿imagináis, por ventura, que jamás aquel hijo pródigo hubiera vuelto á la casa de su padre, á no verse en el aprieto en que se vió, cuando asqueroso, medio desnudo, hambriento y desamparado, fuéle preciso apacentar inmundos animales, y no sólo apacentarlos, pero hurtarles á escondidas su vil pasto? «Que me muero de hambre», *famo pereo*; este grito le arrancó de su pecho aquel otro tan salvador: «iré á mi padre y pediré perdón», *ibo ab patrem* ². Es verdad que Manasés, tras una felonía inaudita, abrazó de nuevo la ley del verdadero Dios y restauró su templo y sus altares; mas debióse á las cadenas de su largo y trabajoso cautiverio. Es verdad que Antioco, después de una prolija y encarnizada guerra contra su Dios, se reconoció y buscó la paz y predicó su gloria, pero merced á los gusanos que rabiamente le roían sus carnes enconadas. Y el santo rey David ¿qué dice de sí mismo? ¿No confiesa que, si buscó á su Dios, fué en los días nublados de la tribulación? *In die tribulationis meae Deum exquisivi* ³; mientras en los serenos de la prosperidad se había parado á mirar ¡ay dolor! con ojos poco limpios lo que tuvo que llorar toda su vida? Por manera que no puede negarse ser la tribulación de grande ayuda para volvernos á Dios y al arrimo de su sombra, si no queremos afirmar con San Gregorio que, en realidad de verdad, no sólo ayuda, pero nos fuerza, pero nos obliga y compele á ello: *Mala quae nos premunt, ad Deum ire compellunt*.

VI

Ni hay que espantarse de esta virtud maravillosa de la tribulación, pues vemos que, según notó el Eclesiástico, encierra tal eficacia que, á pesar nuestro, nos hace en el juzgar más sensatos, más humildes en el hablar, y en todas nuestras acciones más cuerdos y templados. La enferme-

¹ Ps. LXXVII, 34.—² Luc., XV, 17.—³ Ps. LXXVI, 3.

dad penosa, dice, hace templada al alma: *Infirmilas gravis sobriam facit animam* ¹. Entre las aves de rapiña más bravas y altaneras, una es el azor; y, sin embargo, llega á domesticarse tanto y es tan obediente á los cazadores, que á un silbo ligerísimo vuela á su espalda, salta á la mano y con la presa en las garras no se ceba en ella, mas la suelta sin lastimarla, por no contradecir la voluntad de su amo. Y cómo se ablanda tanto un animal tan fiero é indomable? Con el hambre; y si no miente Cliano, el modo más fácil es tenerle algunos días junto á la fragua de un herrero, donde á la vista de las llamas que bullen y chisporrotean, á los golpes del martillo, al retemblar del yunque, se queda como espantado y pierde su fiereza y orgullo. Séase de esto lo que fuere, lo cierto y averiguado es que para lograr que un corazón naturalmente soberbio y altivo pierda los bríos, y se humille, y se ablande, y se domestique, no hay quizás más corto camino que entrarlo en la fragua de la tribulación: *in camino humiliationis* ². Dejad que oiga allí los recios golpes de la adversidad y el martillar del brazo de Dios, y no dudéis que se amansará su braveza, y su altanería se derribará; porque la vejación, dice Isaías, da entendimiento á nuestros oídos: *Vexatio intellectum dabit auditui* ³.

Es cosa que espanta ver la insipiencia de los hombres y los extremos de su soberbia. Jerjes, rey de los persas, se estimó en tanto, que creyó poder encadenar el mar y ponerle grillos, y declararle reo de lesa majestad, porque desbarató un puente que había fabricado sobre el Helesponto; mandóle azotar por mano de público verdugo, y apercibirle que usaría de mayor rigor en adelante, si no respetaba á su príncipe. Clearco, señor de Heraclea, quería que le precediese, como á supremo rey y soberano vengador, un águila con encendidos rayos entre sus garras. Antígono, rey de Macedonia, y Heligábalo, emperador de Roma, dieron aún en mayores desvaríos, igualándose con sus dioses inmortales. Pero sobre todos campeó la locura de Calígula, que no contento con vestir el hábito y armas de sus falsas divinidades, y de recibir en este traje el incienso de los

Anteo. por autoridad, y gracioso simil.

1.ª parte. Mance. dumbre del azor.

2.ª parte. Cómo se doma su braveza, por hipotiposis.

3.ª parte. Aplicación á los pecadores rebeldes.

Confirmase 2.ª y 4.ª. Locuras de hombres bien afortunados.

por inductión,

Jerjes,

Clearco,

Antígono,

Calígula,

¹ Eccli., xxxi, 2.—² Eccli., II, 5.—³ Is., xxviii, 19.

Arg. 5.ª De los efectos. La tribulación nos humilia. Luego es prueba de amor.

sacerdotes y la adoración de los pueblos; hizo desmochar y quitar las cabezas á cuantas estatuas de dioses se veneraban en Roma, y poner en su lugar su propio busto y figura. Relampagueaba, tronaba, imitaba las tempestades con ciertas máquinas y artificios, y presumiendo en su loco frenesí dominar como árbitro y gobernar los cielos, amenazó á sus dios Júpiter que lo desterraría de la ciudad y privaría de todo culto, por haber osado cierto día turbar con importuna lluvia los públicos festejos¹.

Inquisición de las causas por sustentación.

2) A proprio. Corridura de los hombres en la adversidad,

Alejandro,

Herodes.

7) A testimonio.

sustentación por rafrástica.

Pero, decíme, ¿cuándo cayeron en locuras tan rematadas? ¿cuando se vieron perseguidos, acosados, quebrantados? No, ciertamente; fué cuando, prósperos y bienhadados, imagináronse haber enclavado la rueda de la fortuna y sujetado á sus pies los instables vientos. En los días de la adversidad, ni uno hallarles que no abajase sus altivas y diversas fantasías. Tal fué Alejandro, el cual, herido en la batalla, reconocióse hombre como los demás, cuando correr abundantemente la sangre de sus venas². Tal fué Herodes, quien, herido por el ángel del Señor, confesó que era mortal al ver los gusanos hediondos que le corroían las entrañas³. Si á hombres, pues, tan insensatos, si á corazones tan de hierro humilló y domó la tribulación, ¿qué hará en pechos más blandos y menos contumaces?

Elo es cierto, que el profeta David, deseando ver rendidos á algunos pecadores y curados de su desalmamiento intolerable, suplicaba al Señor en esta forma: *Constitue, Domine, legislatorem super eos, ut sciant gentes quoniam homines sunt*⁴. Ea, Señor, dadles un legislador, ó, como otros leen, un doctor ó maestro, que les enseñe á vivir como hombres; daos prisa, dádselo, Dios mío. Mas ¿dónde está un tal maestro? ¿quién regentará tan dificultosa cátedra? ¿quién persuadirá verdad tan aborrecible al humano sentido? La tribulación. Aun menos; el miedo de ella bastará. *Constitue, Domine, timorem super eos*: asienta sobre ellos tu santo temor, Dios mío; así trasladó San Jerónimo: *Constitue, Do-*

¹ Vid. Herod. L. 7.—Alex. L. 1, c. 28.—Dion. Xiphil. et Suet.

² Plut. in vita Alex.—³ Josef. de antiq. L. 16, c. 7.

⁴ Ps. ix, 21.

mine, terrorem super eos: asienta sobre ellos tu espanto y terror, según la versión caldea. Y más claramente el glorioso San Juan Crisóstomo apellida á la tribulación con el título de maestro, donde dice: *Paedagogus autem noster est tribulatio*¹. Nuestro pedagogo es la tribulación, porque ella nos enseña á arreglar y concertar nuestras costumbres. Y que esto sea así, veréislo por lo que el Santo hermosamente describe en una de sus homilias á su pueblo de Antioquía.

VII

Tenemos, dice, un mozo noble, rico, lozano, en la flor de su edad y en la pujanza de su juventud, el cual acaba de emparentar con otro linaje ilustre, mediante ventajoso casamiento; conduce á casa á su amada esposa, doncella no menos rica y agraciada que modesta y obsequiosa: convidados los deudos y parientes á las bodas y espléndido banquete, los regala con todo el aparato de que es capaz, junto con la expansión y familiaridad de iguales. Entremos, dice el Santo, entremos á visitar esta casa tan feliz y dichosa. ¿Qué vemos? Risas descompuestas, conversaciones libres, acciones y gestos desmandados; quien se ha destemplado en la comida, quien se ha cargado de vino y ofuscado su cabeza con la embriaguez; vanidad en los trajes, lujo en los aderezos, ostentación en las joyas y galas; todo es zambra, juegos, cantares, danzas, músicas, galanteos, derramamiento, confusión; ni una sola voz, entre tantas que se cruzan, sabe á religión y piedad: *Multa effusio, nihil studiosum, generosum nihil*. Mas ¡oh inconstancia de los placeres terrenales! de ahí á poco, acometida de improviso accidente, muere la esposa, flor seçada en su verdor y lozanía por la guadaña de la muerte; y aquella casa, morada antes del júbilo y deleite, es ya mansión de la tristeza y del luto. Tornemos, si no os pesa, á visitarla de nuevo: ¡oh qué mudanza! Acerquémonos á sus umbrales: ya no se percibe un ruido: reina por toda ella

Arg. 6.º

De los efectos. La tribulación es nuestro maestro: ampliación del último.

Per narración ilustrada. 1.ª parte, ó las bodas.

Descripción de júbilo, por

incremento

y distribución.

2.ª parte, ó la muerte prematura de la esposa.

Descripción de duelo, ó hipotiposis graduada

¹ Hom. 62 ad pop.

suma quietud, recogimiento sumo, profundo y universal silencio. Subamos arriba, y nos salen al encuentro los criados y familiares de traje modesto, con la cabeza inclinada, la vista recogida, el paso quedo y hablando en voz baja y mesurada. Si penetramos en las habitaciones, veremos que hasta las paredes, despojadas de todo profano ornamento, respiran modestia y compostura: callan las músicas, enmudecen las cítaras, y los juegos y tableros, abandonados sin orden en una mesa ó rincón, se miran sin interés y aun dan enojos. ¿Quién osará reír en tanto duelo y amargura? Si se habla ó platica, no se oyen sino palabras graves, sentencias maduras, sentimientos los más piadosos y que exhalan desengaño y compunción. Ni los hombres y amos solamente, pero las mujeres, los criados y los mozos, trocados repentinamente en filósofos, hablan entre sí con maravillosa cordura y madurez. Quién dice que verdaderamente la vida humana es un sueño, una comedia, una sombra de ilusión pasajera. Quién se espanta de que se admire tan locamente una beldad fugitiva, la cual, desvaneciéndose á manera de relámpago, no deja en pos de sí, tras momentánea claridad, sino humo y mal olor. Quién añade que á todas horas fuera bien apercibirnos y esperar la muerte, que no perdona ni lustre de sangre, ni resplandor y fausto de riquezas, ni flor y lozanía de edad; y en esta forma discurrendo cada uno, no se oyen, dice el Santo, sino palabras edificantes, provechosas y de profundo desengaño: *Si quid aliquis locutus fuerit, omnia sunt verba ꝑ̄ philosophiæ plena.*

Pues ¿de dónde tal mudanza? ¿quién ha entrado en esta casa? ¿quién ha introducido tan cuerdos razonamientos? ¿quién ha enseñado costumbres tan compuestas? No os maravilléis, oyentes míos: entró aquel sabio maestro, que arriba decíamos; entró en ella la tribulación. La tribulación, con una sola lección, leída en aquella cátedra, sobre la fragilidad y miseria del hombre, ha bastado para desterrar de allí toda liviandad, para lanzar la vana alegría, para insinuar é imprimir en los corazones de todos sentimientos altísimos, dictámenes tan bien fundados de cristiana sabiduría, que con razón podemos concluir con el Crisóstomo, que verdaderamente la tribulación es maestro y docto pedagogo.

go: *Vere paedagogus noster est tribulatio* ¹; ó como habla en otro lugar á semejante propósito, la tribulación introduce en el alma gran inteligencia: *Tribulatio multam introductit sapientiam.*

No es de extrañar, de consiguiente, volviendo á lo que decíamos primero, que para los necios y que no saben vivir según razón, pida el Profeta Rey que se les dé por maestro la tribulación: *Constitue, Domine, timorem super eos, ut sciant gentes quoniam homines sunt.* Esta humilla á los soberbios, compone á los derramados, sosiega á los turbulentos, quebranta y rinde á los duros y contumaces, y, finalmente, hace que todo lo rebelde y apartado vuelva á Dios devoto y compungido. Todos los movimientos del ánimo ceden al recio golpe de la tribulación. La envidia venenosa, la sucia concupiscencia, los rabiosos celos, la omnipotencia del dinero, el amor de la carne, la hinchazón de la arrogancia, la vanidad, la ira y todo el enjambre de los vicios. Hasta aquí el río de elocuencia del gran Crisóstomo ².

VIII

Y si es así, como lo es, ¿no os parece, amados hermanos míos, que debemos á Dios infinitas gracias por las tribulaciones, con que se sirve lastimarnos? ¡Oh qué beneficio y regalo tan grande la tribulación! Veis aquí verificadas al pie de la letra las hermosas palabras que dijo Dios en otro tiempo por boca de Jeremías. ¿Queréis las vosotros saber? Pues oid, que verdaderamente son divinas: *Ecce ego fingo contra vos malum* ³: Veis aquí que yo finjo el mal contra vosotros. ¿Podría decirse más regaladamente? Cuando Dios nos azota, hácese del enfadado y como que nos tuerce el rostro; es que finge: no le creáis; en realidad de verdad no puede hacernos en esta vida merced más señalada. ¡Oh dádiva inestimable! ¡oh favor y dulcísimo tratamiento! Tened

¹ Hom. 62 ad pop.

² Omnes animi motus tribulationi cedunt. Invidia, aemulatio, concupiscentia, potentia pecuniarum, corporum amor, arrogantia, faustas, ira et omne reliquum vitiorum examen.—³ Jer., XVIII, II.

Arg. 2.^o
Aspiración
y conclusión.

Luego debéis dar gracias á Dios cuando os atribuya:

por autoridad regaladísima:

por sumo gozo, dice el glorioso apóstol Santiago, cuando cayereis en varias tentaciones y trabajos: *Omne gaudium existimate, cum in tentationes varias incideritis* ¹. ¿Qué mayor gracia que forzarnos, necesitararnos á ser buenos, á ser humildes y devotos, á ser merecedores un día y partíciperos de su gloria? *Nostras rebelles ad te propitius compelle voluntates* ². Esto cabalmente hace él cuando nos aflige. ¿Por qué, pues, resistimos al aguijón y, sintiendo el saludable freno, luego nos alborotamos, como caballos indómitos y cerriles, y retrocedemos y porfiamos neciamente en no dejarnos domar por Dios nuestro Señor? ¿De quién teméis? ¿adónde huís tan despavoridos? ¡Ah!, sabed de cierto que no hay más camino para ir al cielo que la cruz y el padecer. Camino de la vida, dice el Sabio, es la disciplina y la reprimenda: *Via vitæ increpatio disciplinae* ³. No niego que sea el más áspero, el más estrecho, el más dificultoso y pedregoso, pero también es el más recto y seguro.

consecuencialmente tratada por sílogismo oratorio;

mayor, menor.

Conclusión y semejanza del camino.

Transición perfecta.

Arg. 8.º Seguridad del camino de la cruz.

IX

Es común sentir entre personas prudentes que, en caso de tener que viajar á remotas partes y ofreciéndose dos caminos, uno por mar, otro por tierra, es mucho mejor viajar por tierra. Pero ¿no sería más cómodo por mar? Sin duda, responde San Bernardo, de quien tomé la semejanza. Andáis sobre hermoso navio, con gente recogijada y alegres pasajeros; coméis á una mesa, platicáis juntos, cantáis, jugáis, os divertís en apacible compañía, y con esto no perdéis un momento de camino. Viajáis y seguís ganando tierra, ora estéis sentados, ora tumbados, ora dormidos descansadamente. Y ¡cuánto avanzáis en breve espacio, si por ventura corre viento en popa! Holgáis de hablar con los marineros, que, medio desnudos y atareados en sus faenas, no se olvidan de su buen humor. ¡Qué de nombres tan peregrinos aprendéis! ¡qué admiración os causa aquello de izlar la antena, zarpar el ferro, saltar de la cruja, abatir

El camino de la tribulación es más seguro que el de la prosperidad. Luego.

Asimilación del viaje por mar y por tierra.

1.º parte. Por mar: descripción

¹ Jac., 1, 2.—² Ecclesia. ³ Prov., VI, 23.

tienda, orza de avance, navegar de bolina y los términos de gúmenas, escotillones, corbachos, rebenques y mil otras enrevesadas voces que os ponen maravilla! Allí, ninguna inclemencia del tiempo os molesta demasiado. Si llueve, os guarecéis bajo cubierta; si hace frío, os arimáis á la lumbré ó brasero; si os enojan los rayos del sol, os abanicáis y hacéis aire hasta que llega la brisa; y lo que más conviende es, que tan largo camino hácese en general á poquísima costa. Por el contrario, ¡qué de gastos, qué de incomodidades, qué de fatigas trae consigo viajar por tierra! En invierno, lodos hasta los tobillos; en verano, polvo sofocante, subidas ásperas, pendientes resbaladizas, llanos pantanosos, no reposar de día, no dormir de noche, cabalgaduras aviesas, vehículos peores que las cabalgaduras, mesones sucios, mesoneros dignos de tales paradores, gritos, voces descompuestas, arrieros enfadosos... ¡Válgame Dios!, ¿quién dirá las penalidades de los largos caminos?

Mas sin embargo, yo, que he probado ambas á dos maneras de caminar, aténgome al dicho de la gente, «alaba el mar y ve por tierra». ¿Por qué razón sino por la que trae el glorioso San Bernardo? *Laboriosior forte via videtur inter ardua collium et aspera rupium, sed expertis longe securior*. El caminar por tierra es más trabajoso, ello es cierto; mas, finalmente, vase por ella sobre firme y seguro, y se asienta el pie sobre terreno sólido; ni os encontraréis á cada paso con la muerte, como acontece en el mar, donde cada vez que el cielo se nubla y descompona, ó se pican y encrespan las olas, barruntáis una tempestad que os suma en las profundidades del abismo.

Viva semejanza de los caminos del cielo, el uno de la prosperidad y el otro de la tribulación. El de la prosperidad es más cómodo y holgado, pero el de la tribulación más firme y seguro. Por éste caminaron casi todos los santos y siervos de Dios, según decía la invicta Judit: Todos los que agradaron á su Majestad pasaron por muchas tribulaciones y contrariedades: *Omnes qui placuerunt Deo, per multas tribulationes transierunt fideles* ¹. Por éste los patriarcas,

é hipotiposis; dulzuras de una feliz navegación.

por elección de circunstancias.

2.ª parte. Por tierra.

pintura por conjeturas de adverbios enojosos.

reticencia.

3.ª parte. Ventaja del segundo

y peligros del primero.

4.ª parte. Aplicación.

confirmada por ejemplos de atribulados.

¹ Judit, VIII, 23.

por éste los profetas, por éste los sagrados apóstoles, por éste todos los que valerosamente peleando conquistaron el reino de Cristo y la celestial Jerusalén. Cuando los que anduvieron por el otro á toda vela, ¡ay dolor!, los más dieron al través en las rocas de la soberbia, y se hundieron en las sirtes del olvido de Dios y dureza de corazón. La prosperidad de los necios, ésa los perderá: *Prosperitas stultiorum perdet eos*¹; así afirmó de ellos Salomón, que tan prósperamente había navegado este mar y cruzado este camino.

X

Digo, en verdad, mis amados hermanos, que tiemblo y la sangre se me hiela en las venas siempre que, al hojear las sagradas páginas, leo y reflexiono lo que dijo el ángel al viejo Tobias: *Quia acceptus eras Deo, necesse fuit ut tentatio probaret te*². Porque te ejercitabas en obras de piedad, porque te quitabas el pan de la boca para dárselo á los pobres, porque robabas el sueño á tus cansados ojos para dar sepultura á los muertos; en una palabra, porque eras amado de Dios nuestro Señor, fué menester ¿qué diriais? Fué menester que cegaras, que empobrecieras, que padecieses grandes miserias y penalidades. ¿Qué será, pues, de mí (dígome en mi corazón), de mí, vilísimo pecador, de mí, á quien todos los días lucen serenos, de mí, á quien todo sucede al gusto de mi paladar? ¡Oh Dios mío, témome no os desagrade mi conducta y me tengáis por desechado y desamparado, pues no alzáis vuestro azote contra mí! Escrito está: Quien escatima los azotes, aborrece á su hijo: *Qui parcat virgae, odit filium suum*³.

Son innumerables y asaz manifiestos los testimonios de las Escrituras divinas confirmando que la señal de que Dios nos ama es enviarnos trabajos y persecuciones. Preguntádselo, si no, al sagrado escritor de los Macabeos, y ¿qué os responde? Señal es é indicio de merced grande, que hace Dios á los pecadores, cuando no los deja correr sin freno ni

¹ Prov., I, 32.—² Tob., II, 13.—³ Prov., XIII, 24.

permite que les sucedan las cosas á su voluntad, sino que luego los castiga; de suerte que, en haciendo la culpa, luego la paguen con la pena: *Non sinere peccatoribus ex sententia agere, sed statim ultiones adhibere, magni beneficii est indicium*⁴. Preguntádselo á Salomón, y ¿qué os testifica? A quien Dios ama, castígale: *Quom diligit Dominus, corripit*⁵. Preguntádselo al santo Job, y ¿qué os dice? Bienaventurado el hombre, que es castigado y disciplinado por Dios: *Beatus homo, qui corripitur a Deo*⁶. Preguntadlo á los apóstoles y predicadores de Jesucristo, y ¿qué os responden y atestiguan conformemente? Que por muchas tribulaciones hemos de entrar en el reino de los cielos: *Per multas tribulationes oportet nos intrare in regnum Dei*⁷. Por manera que, atajado yo, confuso y atónito á la vista de tantos y tan abonados testigos, ¿qué he de hacer, pecador de mí, sino temblar y espantarme de mi suerte, viendo que me sueltan la rienda á mis querer, que Dios no me aflige ni me espolea, mas en todo cumple mi deseo? Si no estáis en el número de los atribulados (¡oh terrible sentencia, lanzada ya por el Apóstol á todos los que hurtan el cuerpo á la tribulación!), si no estáis en el número de los atribulados, como lo fueron hasta aquí todos los siervos de Dios, siguese necesariamente (no puedo acabar, de puro horror y estremecimiento), síguese que sois bastardos é hijos de otro padre, y no de Dios: *Si extra disciplinam estis, cuius participes facti sunt omnes; ergo adulteri, et non filii estis*⁸.

¡Ay, no, Bien mío y soberano dueño! No, Padre mío dulcísimo, que yo quiero y deseo, y es mi deliberada determinación, contarme en el número de vuestros hijos legítimos; y así, veisme aquí, Señor; yo me ofrezco á los azotes: *In flagella paratus sum*⁶. Castigadme, heridme, azotadme rigurosamente con el azote que seáis servido, que á mí no me toca señalarle; aparejado está mi corazón, visítadme con vuestra vara, pero no apartéis de mí vuestra misericordia. Tiemblan mis carnes y horrorízase el sentido á

⁴ 2 Mach., VI, 13.—⁵ Prov., III, 12.

⁶ Job, V, 17.—⁷ Act. Apost., XIV, 21.

⁸ Hebr., XII, 8.—⁶ Ps. XXXVII, 18.

Arg. 9.º La tribulación es la señal y marca de Dios. Luego.

Transición de afecto.

Antec. por testimonio

y apóstrofe ilustrada.

Confírmase este amoroso temor por

congruencias de autoridades.

(repetición y subjección)

Dios á quien ama, castiga.

Conclusión apoyada por

terrible sentencia del Apóstol.

Proposición por vía de depreciación

entrega total en manos del Señor

la sola imaginación de los recios golpes, con que por ventura queréis herirme; al pensar en las enfermedades con que podéis postrar mi cuerpo; al barruntar las ignominias y afrentas con que quizás confundiréis mi nombre; al presentir las amarguras con que os agradará tal vez ahelar mis gustos y poner acibar en todos mis deleites. Pero ¿á qué temer? ¿por qué he de desmayar? ¿No bastará para esfuerzo de mi alma veros á Vos desnudo y enclavado en el afrentoso madero de la cruz, muriendo por mi amor? ¿Puede jamás caberme un cáliz tan amargo, del cual Vos, dulce Jesús mío, no hayáis bebido lo peor y más acerbo? Vos pobre, Vos acosado, Vos desterrado y fugitivo, Vos escarnecido, Vos calumniado por las buenas obras, Vos vendido por vuestros amigos, Vos perseguido de los émulos, Vos infamado de malhechor ante los públicos tribunales, Vos vejado por la injusticia, hollado por la insolencia, maltratado por la desvergüenza y ferocidad; Vos con el cuerpo despedazado, vos con el alma congojada, Vos condenado á morir en lo más florido de la edad; Vos, Redentor mío amorosísimo; Vos ajusticiado, Vos colgado en una cruz, Vos desnudo y derramando copiosa sangre en medio de dos ladrones... ¡Amor mío de mi alma! ¿qué me falta, mirándoos á Vos, para confortar mi flaqueza y que ningún ímpetu de adversidad me derribe ni me espante? Pero harto conozco, Bien mío, las entrañas de vuestra piedad, y que me trataréis misericordiosa y muy paternalmente, y que, si acercáis á mis labios vuestro cáliz, no querréis que lo apure hasta las heces. ¿Quién duda de ello? Cierto que dijisteis para atemorizarnos: ¿Podéis beber el cáliz que yo beberé? *Potestis bibere* que no debíais decir el cáliz, sino el cáliz de vuestra pasión acerbísima y afrentosísima; porque ¿quién de los escogidos bebió jamás vuestro cáliz en toda su amargura? Apenas si dejáis llegarlo á los labios y gustarlo un poco. Seguro estoy, por lo que á mí hace, que si enviáis tribulaciones, serán proporcionadas á mis flacas fuerzas, y por el mismo caso muy llevaderas y sufribles; en suma, que me daréis á beber lá-

¹ Matth., xx, 22.

grimas con medida: *Potum dabis nobis in lacrymis in mensura* ¹. Bendito seáis, pues, y glorificado para siempre, en todo lo que de mí dispusieris y ordenareis, porque ¿qué no será beneficio y regalo, viniendo por vuestra mano, si es gran regalo la misma tribulación? Lejos, pues, de mi corazón el pensamiento de que, atribulándome, me aborrecéis ó queréis menos. Conocida tengo vuestra condición de padre. ¿Qué son, en realidad de verdad, las tribulaciones que nos enviáis? Todo es amor encubierto y disfrazado de odio.

PARTE SEGUNDA

XI

DE LA FALSA PROSPERIDAD de los malos.

Parece que la misma ocasión está pidiendo que defienda en esta segunda parte una causa muy ilustre, la causa de Dios contra las acusaciones de muchos flacos y pusilánimes, que se escandalizan al ver que prospera su Majestad á los ímpíos. Porque, cierto, si conforme hemos visto, la tribulación es prenda de amor divino y regaladísima merced, que hace Dios á sus amigos, á sus muy amados, á los escogidos y herederos de su gloria, ¿qué maravilla, oyentes míos, si, por el contrario, á los malos prospera y favorece? La razón es obvia: no los ama, está enojado contra ellos. El pecador, dice David, añadiendo pecados á pecados, ha provocado de tal manera la ira de Dios que, según el mucho enojo que tiene, no buscará sus pecados para castigarlos: *Exacerbavit Dominum peccator, secundum multitudinem irae suae non quare* ².

Transición por vía de prolepsis.

¿Por qué Dios prospera á los ímpíos?

Resp. 3) Por preterición, condesciéndolo: es que no los ama.

Mas, reflexionando en ello con mayor ponderación, he visto que no tienen razón los tales de quejarse; comoquiera que, por mucho que busquéis, no daréis con un pecador verdaderamente feliz y dichoso. Podéis dar con pecadores que abunden en riquezas, que ostenten pomposos títulos, que sean adulados y reverenciados de ciega muchedumbre, que

β) Negádoles esa felicidad, por que

² Ps. LXXIX, 6. — ² Ps. x secundum hebraeos, 4.

anden en conversaciones profanas, en juegos y banquetes, en comedias y solaces, que pasen toda la vida entretenidos y embesados en fiestas y regocijos: *Ducunt in bonis dies suos*¹; pero uno que sea feliz y bienaventurado, no lo encontraréis. ¡Oh qué poco es menester para ser infeliz un hombre malo! Bástale ser malo, no ha menester más. Y que esto sea así, escuchadme, y os convenceréis de ello.

la mayor tribulación es la mala conciencia.

Puébase.
1.º Por autoridad.

sustentación,

distribución,

y comunicación ilustre;

negando,

afirmando,

conclusión.

¿Acertaríais á decirme, mis amados oyentes, cuál es la mayor tribulación del hombre en esta miserable vida? Si lo pregunto á estos más ancianos, me responderán sin duda que la muerte, que está llamando cada vez más recio á las puertas de su casa, y no saben qué partido tomar para despacharla y desentenderse de sus importunaciones. Si lo pregunto á estos pundonorosos señores é hidalgos caballeros, me dirán que la deshonra y afrenta; si á las señoras, que los ponzoñosos celos; si á los jornaleros y oficiales, que el defraudarles sus amos de su debido salario; si á los cortesanos, que la envidia y ambición; si á los criados y sirvientes, que dormir á sueño ajeno, ateniéndose siempre á los antojos y voluntad de sus amos; y por este camino reputará cada cual por la mayor tribulación del mundo la que él de presente padece, conforme lo dió á entender el esclarecido autor de las Declamaciones por estas palabras: «Condición es de la humana flaqueza estimar por el más grave de todos el mal que sufre cada uno»; y da la razón, «porque de los males ajenos tenemos ciencia abstracta, de los propios experiencia dolorosa»². Mas si queremos juzgar desapasionadamente, y pesar la gravedad y peso de las humanas tribulaciones con la balanza fiel de la razón, no con la engañosa del particular afecto, hallaremos ser muy verdad lo que dice San Agustín en los comentarios de los Salmos: *Inter omnes tribulationes humanae animae, nulla major est quam conscientia delictorum*; que quiere decir: Entre todas las tribulaciones y pesadumbres del corazón humano, ninguna hay mayor que

¹ Job, XXI, 13.

² Est quidem humanae infirmitatis ista natura, ut ex omnibus incidentibus gravissimum putet quisque quod patitur: aliena enim cogitationibus, nostra dolore tractantur. Quintil. Declam. 8.

la mala conciencia; ésta es la gran tribulación, éste el tormento más horrible.

Vedlo, primeramente, cotejándola con la felicidad de la buena conciencia. Dadme un hombre de conciencia limpia, metedlo si os place en el crisol de la adversidad, y den contra él esos desastres que reputáis por los mayores del mundo; veréis con qué paz los sufre, con qué resignación y blandura los tolera, y aun á veces los abraza gustoso, y se alegra extrañamente entre los abrojos del padecer, como si estuviera en un verjel de olorosísimas flores. ¿Dudáis de ello? Ponedle en el trance último y á las puertas de la muerte. Pues la convidará con los brazos abiertos, y con semblante sereno la llamará hacia sí; si ya no hace lo que el bienaventurado San Andrés Corsino, quien á la nueva de su partida se regocijó tanto, que de flaco, descolorido y extenuado que estaba con el rigor de sus ayunos, se rehizo y recobró las fuerzas, y se llenó de carnes, y coloróse el rostro y mejoró con lo que otros adolecen. ¿Queréis afligirle con afrentas? Pues hará lo que el piadosísimo Carlo Magno, es decir, que sufrirá con mansedumbre las bofetadas de un vil lacayo. ¿Queréis apesadumbrarle con los celos? No lo conseguiréis, porque, á imitación de Santa Godoleva, servirá, si es menester, de humilde criada á las concubinas de su bestial marido. ¿Le sumiréis en la miseria? En vano, porque imitará al otro pobrecito y menesteroso, á quien envió el glorioso San Agustín, considerando la compenencia y júbilo con que comía los menudros de pan y jugaba con sus harapos. ¿Lo carearéis con su émulo poderoso y afortunado? Pues cederá su puesto, como lo hizo en la corte del rey cristianísimo San Legerio con su competidor Ebroino. ¿Pondréislo á servir á un amo antojadizo y sin entrañas? Pues no se impacientará por esto, antes obedecerá muy puntualmente en todas las cosas, donde no viere pecado, como lo cumplieron San Guntario y San Paulino en el servicio de señores moros. En suma; poned al hombre de buena conciencia en los mayores trabajos, congojas y fatigas que se pueden imaginar; ponedlo en el mismo infierno, y aun allí encontrará modo de consolarse, y de hacer sabroso lo desabrido, y dulce lo amargo con aquel su-

2.º A contrario de la paz de la buena conciencia,

por enumeración y etoposya del varón justo:

su alegría á vista de la muerte,

de la afrenta,

de los celos,

de la pobreza,

de la humillación,

de la esclavitud.

Conclusión eutegmática,

por amonesta-
miento y disun-
ción:

la voluntad de
Dios.

30 *A propria.*
De los tormentos
de la mala con-
ciencia,

por antitesis

y semejanza del
mar.

Anticipación tá-
cita. — No creen.

Resp. Quisieran
no creer.

vísimo licor que endulza todas las amarguras del varón justo, que es la conformidad con la voluntad de Dios. No hay deleites, no hay seguridad comparable á la seguridad y deleite de la buena conciencia; así lo testifica San Bernardo. Sujétese su cuerpo y póngase á cuestión de tormentos; mácerenle con ayunos, despedácenle á puros azotes, descoyúntenle en el potro, rájenle con la espada ó cuchillo, y atormentenle con el último suplicio; la conciencia permanecerá segura é incontrastable, nada le desquiciará de su contento ¹.

Pero, al revés, dadme un hombre de mala conciencia; ¿dónde hallará una hora de paz, ni un punto de reposo? Vaya de fiesta en fiesta, y de jardín en jardín; distráigase, si puede, en cosas de entretenimiento y gusto; embézzase en deleites y pasatiempos de fuera; á cualquier lugar adonde se vuelva el miserable, lleva en su corazón el horrible tribunal, que á cada instante le condena de rebelde y traidor á su omnipotente príncipe, y así no puede menos de carcomerse y desasosegarse con el dolor del paraíso perdido y con el temor del infierno que le amenaza. El impío, como mar hirviendo que no puede sosegar, dice Isaías: *Impii, quasi mare fervens, quod quiescere non potest* ². Es tan grande y acerbísima esta inquietud que interiormente los revuelve, que no hallan los desventurados mejor remedio, ni más á mano, que cerrar los ojos á las verdades eternas, renegar de su fe, reprobar la inmortalidad del alma humana, no admitir la existencia del cielo, anatematizar la del infierno, y fomentar en su corazón un secreto ateísmo, como diciéndose: No hay Dios: *Non est Deus* ³.

Mas, ¡oh miserables!, en este hacerse fuerza, en este mismo violentarse, experimentan tal pena y quebranto, que basta para aguar todos sus deleites exteriores. Cuando se imaginan más quietos, veis aquí que de repente despiertan más vigorosas, como rabiosos perros tras breve sueño, las

¹ Nihil est jucundius, nihil est securius bona conscientia. Subjuguetur corpus in poena, jejuniis maceretur, verberibus laceretur, equuleo distendatur, gladio trucidetur, supplicio affigatur, secura erit conscientia.

² Is., LVII, 20. — ³ Ps. XIII, 1.

creencias católicas, y, abalanzándose de tropel y furiosamente sobre aquellos tristes corazones, los fuerzan á confesar, á despecho de su protervia y contumacia, que hay Dios en el mundo, que existe aquel que no quisieran, premiador de buenos y castigador de malos. De aquí nacen aquellos fantasmas de la noche, aquellas visiones espantables, aquellas sombras é imaginaciones fatídicas, aquel revolcarse y no dormir en los brazos del mismo sueño, que se pulsa y adormece todos los cuidados. Si dijere: al menos en la cama se aliviará y consolará mi corazón (oid las palabras de un pobre pecador descrito por el santo Job): Tú con sueños me espantarás y con visiones horrosas me aterrarás:

Si dixerit, consolabitur me lectulus meus, terrebis me per somnia, et per visiones horrore concuties ¹. No que suban las furias del infierno con teas encendidas y con manojos de aspides á flagelar á los malvados, como fingió la imaginación de los poetas no cristianos; sus pecados, sus remordimientos los están despedazando siempre y desgarrando las entrañas. Aquellas especies funestas que cruzan por su mente, aquellos amargos suspiros, aquel despeluzarse el cabello y temblarles las carnes de improviso, éstas son las furias y los atormentadores de los malos. Y con esto ¿qué alegría han de tener? ¿qué paz? ¿qué felicidad? Pasarán los días, si queréis, en banquetes, en golosinas, en bailes y cacerías, en profanos pasatiempos: *ducunt in bonis dies suos*; mas, ¡ay!, que una cosa es pasar los días en felicidades y regocijos, y otra muy diferente pasar los días verdaderamente regocijados y felices. Que vivan los pecadores un día dichoso, una hora feliz y bienaventurada, es imposible.

En vano, pues, me hubiera cansado hoy en excusar la felicidad de los malos; porque tal felicidad, ó yo me engaño ó no se encuentra. Viven como sobresanados, dentro está la llaga; son como unas malas mujeres podridas de dentro y engalanadas de fuera; son, así dijo nuestro Redentor, como unos sepulcros, de fuera blanqueados, y llenos dentro de gusanos y de huesos de muertos. No es maciza, no es verdadera esta felicidad (creed á Séneca, que, si bien gentil,

Luchas interiores por hipotiposis:

remordimientos de día,

ensueños de la noche:

imagen: las verdaderas furias.

Consecuencia y

explicación oratoria,

por imágenes de la mujer,

de los sepulcros,

¹ Job, vii, 13-14.

habló acerca de esto como no hablan muchos cristianos);
 corteza es, y muy delgada, de buena dicha: *Non est ista
 solida et sincera felicitas; crusta est et quidem tenuis* ¹. Y así
 es fuerza que concluyamos, como concluye él, que ninguna
 maldad, por más que la fortuna la embellezca y sobredore
 con sus presentes, queda jamás impune; comoquiera que
 en la maldad va envuelto el castigo de la misma maldad:
*Nullum scelus, licet illud fortuna exornet muneribus suis, impu-
 nitum est: quoniam sceloris in scelere supplicium est* ².

Por donde, hermanos míos, cierro mi razonamiento con
 esta consideración, que deseo llevéis bien grabada en vues-
 tra alma. Tienen también los malos sus penas y tribulacio-
 nes, aun más acerbas que las que padecen los justos; con
 esta diferencia: que en los justos son prendas de eterno ga-
 lardón, y en los malos señales y prenuncios de eterno pa-
 decer; no de otra manera que á los infames moradores de
 Pentápolis fué el incendio que los abrasó en este mundo,
 no camino para escapar del venidero, sino comienzo y como
 vislumbre del fuego eternal.

¹ De Prov., c. 6. — ² Epist. 9, 8.



OBSERVACIONES CRÍTICAS

ACERCA DEL DISCURSO VEINTISIETE

¡Oh divina elocuencia, que sabes endulzar lo más amar-
 go, y curar lo más enfermo, y remediar lo más perdido! Tú
 eres la vara de Moisés que, lanzada en el agua, truecas en
 dulzor la amargura de las tribulaciones. Tú la piscina mi-
 lagrosa en cuyo derredor yacen muchedumbre de dolientes
 esperando el movimiento del agua, y el ángel del cielo es
 el orador que remueve tus ondas, y, arrojados en ellas los
 enfermos, curan de sus dolencias, por mortales que sean.

SÉNERI es el ángel del Señor: sus piadosas entrañas se
 enternecen á la vista de tantos desgraciados. Ve ante sus
 ojos á unos aquejados de la pobreza, á otros de la infamia,
 á otros de la enfermedad. Ve á esposas víctimas de la fero-
 cidad ó licencia de sus maridos, madres llorando la rebel-
 dia de sus hijos, mercaderes desdichados, nobles arruina-
 dos; y más allá contempla otros grupos aun más lastime-
 ros; y el orador que no los vea, retirese del púlpito, que no
 le llama Dios para médico de las almas.

Ve, pues, á innumerables cojos, que si bien conocen el
 camino de la verdad, por cobardía ó espantados con el mie-
 do del trabajo, rehusan entrar en él. Ve á muchos ciegos
 que, sin luz de Dios ni conocimiento de las divinas Letras,
 andan á oscuras y tropiezan á cada paso. Ve á otros ca-
 lenturientos que arden en llamas de avaricia y ambición, y
 tienen por Dios al dinero y las vanas honras de este siglo;
 á otros que se consumen de envidia, á otros que se abrasan
 en deseos de venganza. ¡Qué escena tan dolorosa! Mira en
 torno suyo á muchos paralíticos, insensibles á las cosas es-
 pirituales y divinas, que no sólo pecan sin remordimiento,
 pero «se huelgan cuando obran mal y se regocijan en cosas
 pésimas» ¹. Contempla á la muchedumbre que, como si pa-
 deciera flujo de pensamientos y de afectos, de ojos y de
 boca, habla á destajo, codicia cuanto mira, mira cuanto se
 le ofrece, derrámase por todo, sin freno, sin ley y sin ver-
 güenza.

¹ Prov., II.

Espectáculo desgarrador, origen de la elocuencia señeriana, raíz y nervio de este discurso, cuya primera parte se endereza á los enfermos de fuera, mas de conciencia sana, y la segunda á los sanos y robustos de fuera, pero enfermos de dentro y enfermos de muerte, muerte eterna. ¿Cómo cura á los unos y á los otros este ángel del Señor?

Tribulaciones de los justos. ¡Qué valentía la de SENE-RI! Para consolar á los atribulados no les dice que tengan sufrimiento en los trabajos, porque son justos castigos de Dios, ó común dolencia de la naturaleza estragada, ó efectos del pecado original, ó causados de la malicia de los hombres, ó que presto se acabarán y que con ellos nos redimimos de las penas del purgatorio; nada de esto: sube á lo más alto, á lo más dificultoso de probar, pero también á lo más tierno y poderoso para el intento que pretende, que es que sufran con resignación, y aun con alegría y hacimiento de gracias, las tribulaciones que los afligen. Para alcanzarlo deja las ramas y aplica la segur de su elocuencia á la raíz del desabrimiento en nuestras penas, que es considerarlas como un infortunio, y prueba que no son sino regalos de un amante, prendas de un Dios enamorado, y caricias de una madre tiernísima. ¡Oh, si lograrse persuadirles esta verdad de fe, y que la sintiesen y abrazasen!, ¿qué les faltaba para ser los más felices del mundo? Pues creo que lo consigue estudiando la tribulación en sus causas y en sus efectos.

Tras un exordio muy acábado, en que hace á su auditorio atento con la teoría de las pasiones, dócil con la explicación del Evangelio, y benévolo con aquellos sentimientos de compasión: «¿Qué decís, pues, ¡oh almas atribuladas! ¿qué sentís...? ¡Oh hermanos míos!, creedme... cuanto más os ama, más os atribula...»; comienza á consolar, exponiendo la

Causa primera de la tribulación, que es Dios. ¡Con qué artificio calla la intervención de las causas segundas en nuestros trabajos! ¿De qué sirviera este recuerdo, sino de turbar acaso á sus oyentes? Pero si es Dios, mi Criador y dueño, quien se entretiene tirándome copos de nieve, ¿qué tengo que decir? La imagen del gentil mancebo, caballero de capa y espada, aunque hoy yo no la traería, pero es feliz, y habla y persuade más que un discurso entero. Esta sola razón, de que ninguna adversidad ni trabajo nos puede venir ni acontecer, que no pase por las manos de Dios y venga colado y registrado por su voluntad, bastará para sosegarlos; mas como esto no se ve, pasa á lo que se ve, que son los

Efectos de la tribulación, los cuales son tales y tantos, que manifiestan claramente ser cosa enviada de Dios para nuestro bien y provecho. Se reducen á los tres que señalan los santos Padres, que la tribulación **purifica, alumbra y perfecciona**; esto es, purifica á los incipientes, alumbra á los proficientes y perfecciona más á los perfectos. Pero nuestro orador los refunde en una forma mucho más oratoria y llena de vida y movimiento, el cual nace del orden con que los trata, de los **similes** con que los explica y de la **moción** afectuosa que penetra toda la oración y se explaya al final de la primera parte.

Orden de esos efectos. Helo aquí. La tribulación

a) Nos **levanta** á Dios y nos hace recurrir á él. Luego es prenda dulcísima de su amor.

b) Nos **humilla** y hace entrar dentro de nosotros mismos, al contrario de la prosperidad que nos suele desvanecer. Luego es prenda del amor divino.

c) Es nuestro **maestro** y pedagogo. Luego es prenda del amor de Dios. Luego es amor disfrazado, si queréis, de odio, pero intenso y verdadero amor.

d) Es **camino más seguro** para el cielo que no la prosperidad. Luego es prenda del divino amor.

e) Es **señal** y marca de los hijos de Dios y de todos los predestinados. Luego es prenda de amor regaladísimo la tribulación.

¡Cuán discretamente puso en el **primer** lugar el argumento más claro, y en el **último** el más tierno! ¡Cómo ha sabido encontrar **en medio** los más débiles ó menos poderosos! ¡Qué bien ha comenzado por Dios, y, tras algunos rodeos por las criaturas, torna á Dios!

Similes y comparaciones. Hay riqueza de ellos, mas no profusión. En todos debe estudiarse la **propiedad** con que los aplica y la **forma** con que los presenta, principalmente en la del gentil hombre que reprime su enojo al ver la mano que le hirió; en la semejanza del agua, de las cuerdas de la vihuela, del enebro y de los animales hambrientos; en la preciosísima del azor y de la fragua, y en la extensa del camino por mar y por tierra. De todo saca partido, y toda la naturaleza rinde vasallaje al varón elocuente: las cosas animadas, las mudas y las que hablan, las mansas y las feroces, las naturales y artificiosas; y de estas semejanzas se vale para **cuatro fines**. O para probar, ó para embellecer, ó para declarar lo que intenta, ó para pintar una cosa en la imaginación de los que oyen. Empléanse por **cuatro modos** distintos. O **por contrario**, cuando negamos que sea semejante lo que proponemos en el símil á lo que sustentamos en el discurso; ó por **negación**, cuando en ambos términos

usamos la partícula negativa, como si dijera: Ni el caballo indómito, aunque de buena casta, sirviera para la carrera, ni el hombre sin estudio, aunque de buen ingenio, podrá alcanzar la sabiduría; ó por **brevedad**, cuando no se separan los dos términos, sino entrambos se mezclan y casi confunden; ó por **cotejo** y comparación, cuando se ilustran los dos miembros y se declaran, el uno tras el otro, con razones semejantes. Para estos cuatro fines y por estos cuatro modos se vale SÉNTERI de símiles en éste y en los demás discursos, con exquisita variedad, imitando á sus maestros de Roma y Antioquia, Cicerón y el gran Crisóstomo.

Moción afectuosa. ¿Quién tendrá virtud para levantar hasta las nubes una montaña? ¿ó para endulzar todas las aguas del mar Océano? Pues más difícil es sin comparación hacer que la voluntad tome gusto y sabor en las penalidades. A esto se encamina la moción afectuosa, que nace de la **convicción** del entendimiento, de que es don de Dios el ser atribulados; convicción que arrancó del pecho del orador los afectos del párrafo VIII, en que da gracias al Señor y besa el azote que le affige: «¡Oh dádiva inestimable! ¡oh favor y dulcísimo tratamiento!... ¿Qué mayor gracia que forzaros Dios y casi necesitaros á ser buenos, á ser humildes... á ser merecedores un día y partíciperos de su gloria?...»

Mas donde triunfa la elocuencia y se endulzan todas las hieles, es en la conclusión de la primera parte. (§ X.) ¡Qué torrente de soberana dulcedumbre! ¡Qué arte más divina! ¡Los que primero se afligian porque Dios los atribulaba, ya lloran y se afligen porque no los atribula, temiendo no ser contados entre los hijos de tan buen Padre! Vease la progresión y enlazamiento de los afectos:

De **temor.** «¿Qué será de mí (dígame en mi corazón), de mí, vilísimo pecador, de mí, á quien todos los días lucen serenos?... ¡Oh Dios mío!, ténomé no os desagrade... pues no alzáis vuestro azote contra mí!...»

De **mayor espanto:** «¿Qué he de hacer, pecador de mí, sino temblar y espantarme de mi suerte...? Si no estás en el número de los atribulados (¡oh terrible sentencia!...) ... síguese necesariamente (no puedo acabar de puro horror...)»

De **amor:** «¡Ah no, Bien mío y soberano dueño!; no, Padre mío dulcísimo, que yo quiero y deseo, y es mi deliberada determinación, contarme en el número de vuestros hijos legítimos.»

De **resignación:** «Y así, veisme aquí, Señor, yo me ofrezco á los azotes. Castigadme, heridme, azotadme rigurosamente con el azote que seáis servido... aparejado está mi corazón; visitadme con vuestra vara...»

De **miedo:** «Tiemblan mis carnes y horrorízase el sentido á la sola imaginación de los recios golpes con que por ventura querréis herirme...»

De **esfuerzo é imitación** de Cristo: «Pero ¿á qué temer? ¿por qué desmayar? ¿No bastará para esfuerzo de mi alma veros á Vos desnudo y enclavado... muriendo por mi amor...?» Aquí llega á la cumbre de la persuasión con el argumento más poderoso para un cristiano, que es Jesucristo pobre, muerto en la flor de la edad...

De **deseo:** «Vos, Redentor mío amorosísimo, Vos ajusticiado, Vos colgado en una cruz... Amor mío de mi alma, ¿qué me falta mirándoos á Vos?...»

De **confianza:** «Seguro estoy, por lo que á mí hace, que si enviáis tribulaciones, serán proporcionadas á mis flacas fuerzas...»

De **alabanza y conformidad:** «Bendito seáis, pues, y glorificado para siempre en todo lo que de mí dispusieréis... Lejos, pues, de mi corazón el pensamiento...»

Verdaderamente hace exclamar que no hay en todo lo criado cosa más preciosa que el **amor glorioso** de los bienaventurados, y en la tierra el **amor atribulado** de los justos.

Prosperidad de los malos.—Hay que amargársela, hay que persuadirles que son desdichados, desdichadísimos, que están enfermos, y enfermos de muerte eterna; y á fe que lo consigue. En la primera parte allanó aquella dificultad tan sonada: ¿Por qué los buenos son atribulados? y en esta segunda aquella otra: ¿Por qué son prosperados los impíos?— Ahí están las pruebas, ya **concediendo**, ya **negando** que sean felices; ahí está el **paralelo** entre el impío, al parecer dichoso, y el varón justo, al parecer atribulado. ¡Qué paz y alegría goza éste en los mayores trabajos! ¡qué congojas aquél en medio de sus deleites! El uno lleva un cielo escondido en el alma; el otro un infierno horroroso. Luego, aun en este mundo, más padecen los malos que los buenos; con que envía á sus oyentes, alentados, si son justos; amedrentados saludablemente, si pecadores.

